

Dos centenarios Fray Luis de León y San Juan de la Cruz*

JOSÉ ANTONIO MIGUEZ**

En este año de 1991 se cumplen los cuatrocientos años de la muerte de dos de las más grandes figuras de la lírica española de todos los tiempos: fray Luis de León y San Juan de la Cruz. Uno y otro, con perfiles biográficos diferentes, pero con una vida accidentada hasta cierto punto semejante, representan la culminación del saber escriturario, de la aspiración a la belleza armoniosa, alimentada por la poesía, y del camino de perfección al que tiende la vida ascética y mística, llevado a su límite, en un doble ejercicio, humano y poético, en el caso del carmelita descalzo, fray Juan de la Cruz.

Anotemos en breve repaso de sus vidas algunos avatares de estas dos figuras del siglo XVI, es decir de nuestro gran Siglo de Oro. Por lo pronto, aceptemos como válido un presupuesto bastante discutido, pero que al fin se abre paso en la historia del pensamiento y de la literatura española: en España se produce felizmente un segundo Renacimiento, o Renacimiento cristiano, ascético y místico, en la segunda mitad del siglo XVI, parejo al espíritu de la Contrarreforma, pero abierto con todo al humanismo clásico –por ejemplo, a una espiritualización muy acusada de las ideas platónicas– y a una profundización singular en los estudios y en la interpretación de los textos bíblicos.

Las odas de fray Luis de León

Fray Luis de León fue de hecho el gran propulsor de las traducciones de libros sagrados, lo cual, para su tiempo, y en España precisamente, significaba nada menos que levantar suspicacias y atraerse enemigos demasiado rigoristas, que desconfiaban de su buena fe, de su ascendencia judía por parte paterna y materna, y de su atrevida defensa de los textos hebreos del Antiguo Testamento con desdén u olvido de las versiones latinas de la *Vulgata*.

Sin datos muy fiables sobre la fecha de su nacimiento, que posiblemente tuviese lugar en agosto de 1528, en el pueblecito de Belmonte de Cuenca, es lo cierto que casi toda la vida de fray Luis de León, con altibajos e incidencias muy notables, transcurrió en la ciudad de Salamanca a la sombra de su gloriosa Universidad, que era por entonces el más importante centro de cultura y de saber, pero también, asimismo, de disputas teológicas y sobre temas escriturarios que alteraban la buena relación entre las distintas Órdenes religiosas, agustinos y dominicos especialmente, que pugnaban con frecuencia por ocupar las cátedras de más relevancia en aquella Universidad.

* El texto que sigue recoge la conferencia pronunciada el 14 de diciembre de 1991, como introducción a la velada-homenaje a fray Luis de León y San Juan de la Cruz en el cuarto centenario de su muerte.

** José Antonio Miguez es Doctor en Filosofía y Letras y fue Catedrático de Lengua y Literatura españolas en el Instituto de Bachillerato "Francisco Aguiar" de Betanzos hasta la fecha de su jubilación académica.

Fray Luis de León, que había profesado en la Orden de San Agustín en 1544, sufrió en su propia carne los avatares de esta lucha despiadada entre las dos Órdenes religiosas. Su mismo carácter, calificado de difícil e iracundo por todos los comentaristas, ayudaba no poco a enconar los problemas, que derivaban siempre en durísimos ataques personales de unos y de otros, en medio de prolongados conflictos por el acceso a las cátedras universitarias. Desde que en 1561 ganó fray Luis de León la cátedra de Santo Tomás contra un protegido de los dominicos, la tormenta se desencadenó sobre él; podrían ser minucias, a los ojos de hoy, las que pretendían desfigurar su imagen de cristiano fiel y ortodoxo, pero en el tiempo en el que fray Luis vivió, con la Reforma del también agustino Martín Lutero amenazando de lleno la unidad de la Iglesia, sus atrevimientos hebraístas con asomos peligrosos de herejía, suscitaban el resquemor de los escolásticos, defensores a ultranza de una tradición bíblica disciplinaria, confirmada en líneas generales en 1546 por el Concilio de Trento.

Fray Luis de León fue en efecto un gran hebraísta, pero entregado también con gran dedicación a los estudios del mundo clásico. El resultado de todo ello se puede sintetizar en la figura de un hombre profundamente cristiano, que se inspiraba asimismo en la doctrina pitagórico-platónica del cosmos y en la poesía latina de Virgilio, Horacio, Propercio y Lucrecio. En suma, fray Luis de León venía a ser, por su cultura y su formación, el más alto representante del humanismo hispánico, abierto a todos los campos del saber de su tiempo, sin olvidar por ello su propia condición de hombre desterrado, que quiere refugiarse en la soledad y huir del mundo para encontrar al fin la morada bienaventurada del cielo, como expresa poéticamente en la Oda VIII, *Noche serena*, en el límite del ascenso y del éxtasis humano, contemplando un mundo beatífico de perfección, de paz y de hermosa:

*Aquí vive el contento,
aquí reina la paz; aquí asentado
en rico y alto asiento,
está el Amor sagrado,
de glorias y deleites rodeado;
inmensa hermosura
aquí se muestra toda, y resplandece
clarísima luz pura,
que jamás anochece;
eterna primavera aquí florece.*

El proceso de que fray Luis de León fue objeto, como corruptor de los textos sagrados, y especialmente por la traducción y el comentario en castellano del *Cantar de los Cantares* bíblico, puso a prueba la solidez y firmeza de su doctrina, pero minó en alto grado su fortaleza de espíritu y quebrantó también su salud. Le parecía de todo punto inconcebible a fray Luis que se le acusase incluso de luteranismo por sus interpretaciones de la "verdad hebrea", pero resultaba evidente que hasta ahí querían llegar sus enemigos para anular su actividad académica y echar por tierra todo su reconocido prestigio personal.

Casi cinco años, entre el veinticuatro de mayo de 1572 y el once de diciembre de 1576, permaneció fray Luis de León en la prisión de Valladolid. Años son éstos de soledad, desesperanza y abatimiento. Tan sólo el espíritu sobrevive en él, alimentado por la lectura de los clásicos, el atractivo de la figura de Job y el desahogo lírico en el

que su alma, con toda su desazón, pugna por encontrar la luz del bien divino al que siempre aspira.

Las odas de fray Luis de León a las que vamos a restringir nuestro comentario, muestran las variaciones de su poesía en un autor que siente inmensa nostalgia del mundo celestial, pero que sabe también que debe intentar llegar hasta él desde el mundo de sombras en que vive. De ahí que los temas o los argumentos de las odas sean mundanos en una gran proporción, con acento especial para la soledad rústica y los valores morales, que, junto con los de exaltación histórico-nacional, y en menor grado los religiosos y místicos, constituyen la principal aportación de la poética luisiana. De los años de cárcel datan la celebrada oda VIII, *Noche serena*, dedicada a Don Loarte, uno de los grandes amigos del poeta, y en la que fray Luis de León contrapone la visión del cielo, contemplado desde la tierra, a la visión de la tierra, contem-



plada desde el cielo. El gran concierto del cielo responde a los supuestos pitagórico-platónicos, mas, a su vez, la bóveda celeste se presenta al poeta como la figura sensible de Cristo y así los motivos humanos y celestiales están jugando un papel, quizá dramático para fray Luis de León, pero igualmente necesario para la subida racional del poeta desde la naturaleza exterior al mundo de "eterna primavera" y, para él, de consolación íntima y de armonía infinita en un plano de absoluta trascendencia. También en los años de cárcel hay que encuadrar la oda XVIII, *En la Ascensión del Señor*, escrita en liras de cinco versos, al igual que la oda a la *Noche serena*. Es aquí patente el sentimiento de soledad de fray Luis de León, aunque ese sentimiento personal se diluya poéticamente en el colectivo de la grey cristiana, que deplora la falta, la ausencia del Pastor, del piloto de la nave, en suma de Cristo, que es quien debería conducir la nave a buen puerto. El contraste está claro, como tantas veces en la poesía de fray Luis de León: frente al "mar turbado" del mundo, frente a la desolación y la desventura por la ausencia de Cristo, que deja al hombre abandonado a sus propias fuerzas, la armonía y la paz del cielo, preñada de dulzura y de hermosura. El mundo es como un desierto sin Cristo, en la intención primera de la oda y, una vez más, el deseo de liberación, acentuado aun por la derelicción y el abandono que sufre fray Luis, se apodera del poeta sufriente, del hombre encarcelado que ansía y añora la pureza y el concierto del cosmos en ese desgarrón patético de su alma y de su ser todo. Armonía y desarmonía, tierra y cielo, he ahí la dicotomía crucial en la que se mueve el poeta, dicotomía que le desgarró y le hundió en el vacío, porque se ve al fin como un ser pobre y ciego, sumido en una noche impenetrable.

En el período anterior a la cárcel sitúa el comentarista y editor de fray Luis de León, Oreste Macrí, la oda I, conocida como oda a la *Vida retirada* o *Canción de la vida solitaria* (1). Muy cercana a ésta en la clasificación, como tercera de las odas, está la dedicada al músico Francisco Salinas, que, sin embargo, parece claramente posterior a la prisión.

La oda a la *Vida retirada* recoge un tema claramente recurrente, que viene de muy atrás, pero que fray Luis de León popularizó como nadie en admirables liras, quizá las más divulgadas de toda su producción poética. La fuente horaciana del *Beatus ille* es de todo punto innegable, y lo es no sólo en el tema, sino también, como lo prueba en su análisis Dámaso Alonso, en los caracteres técnicos y estilísticos, que son eminentemente clásicos. "La atmósfera de emoción, el ambiente silencioso y conmovido" que constituían el gran secreto de Horacio, cargan igualmente de significación poética la oda de fray Luis de León, a la que añaden las liras una medida apropiada, un signo de contención y de freno, a caballo del juego de contrastes, de las sugerencias y de las rupturas que son tan visibles y que, deliberadamente, crean la atmósfera de emoción y el ambiente conmovido que conviene a la poesía (2). ¡Cuántas veces no habremos repetido esa primera lira de la *Vida retirada*, en la que fray Luis de León pone en agudo contraste la vida lisonjera de los honores y de la fama con la vida escondida del sabio!

*¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!*

¡Y qué lección también de recogimiento pleno e íntimo, con serenísimo acento cristiano, libre de odio y de recelo, se encuentra en estos versos que cantan el bien de la soledad en la más pura alegría de la vida retirada!

*Vivir quiero conmigo;
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.*

La oda *A Francisco Salinas* es indudablemente una obra de plenitud, compuesta después de los años de prisión en Valladolid. En muchos aspectos coincide con la oda a la *Noche serena* y también en ella se advierte la dependencia de la cosmología clásica y de la doctrina pitagórico-platónica que tanto predicamento había tenido en San Agustín y en los Padres de la Iglesia. Fray Luis de León se imagina el concierto que puede hacer recobrar la memoria del alma, dirigido por el gran Maestro del universo. Es la música el medio propicio para que el alma recobre el tino, para que, ayudada de esta dulcísima armonía, ascienda al mundo concorde de la más alta esfera, fuente

(1) Oreste Macrí, *La poesía de fray Luis de León*, Salamanca, Ediciones Anaya, S.A., 1970, pág. 298.

(2) Dámaso Alonso, "Forma exterior y forma interior en fray Luis", en *Poesía Española, Ensayo de métodos y límites estilísticos*, 4ª ed., Madrid, 1962, págs. 121-198.

original del son sagrado, de la música que anega el alma de un bien divino, no perecedero. También aquí, con el sentimiento de gratitud al músico amigo, Francisco Salinas, fray Luis de León invita a contemplar el gran concierto del cielo, a levantar los ojos hacia la eterna esfera, alejándose así de "la belleza caduca engañadora". Un sentido mucho más espiritual quizá hace vibrar ahora el alma de fray Luis de León para transportarle a un mundo de pureza y de hermosura, el mismo mundo que era "morada de grandeza" en la oda a la *Noche serena* cuando contemplaba con sus ojos desde la prisión "el cielo, de innumerables luces adornado", lugar de contento, de paz y de amor. La música tiene, pues, un claro sentido purificador en la oda *A Francisco Salinas*, un sentido que fuerza al ascenso del alma para que sea posible —y en fray Luis no lo fue nunca del todo— la fusión o concordancia de las dos músicas, la humana o del alma que representaba su amigo Salinas, y la purísima o celestial del gran citarista, creador y armonizador del universo.

El dualismo de fray Luis de León, moviéndose constantemente entre la tierra y el cielo, sin poder despegarse del todo de este "bajo y torpe suelo", le impidió alcanzar la inefable unión mística, a la que accedió en cambio, con un vuelo puramente contemplativo, el carmelita descalzo San Juan de la Cruz. Pero en fray Luis perduró durante toda su vida, cosa que no puede negarse, la pura aspiración, la nostalgia viva del cielo, el sentimiento del desterrado, del prisionero del muno terrenal que quiere liberarse a toda costa de su prisión.

La poesía de San Juan de la Cruz

El novicio fray Juan de Santo Matías o fray Juan de la Cruz, ya como carmelita descalzo a partir de la fundación del primer monasterio de carmelitas reformados en Duruelo, había nacido en el pueblecito abulense de Fontiveros en 1542, es decir unos catorce años después de haber venido al mundo fray Luis de León. La similitud de sus vidas no es tanta como para establecer un paralelo entre ellas, pero sí lo es para medir el tesón de ambos en la lucha contra la incomprensión y la malevolencia de sus enemigos y en la defensa de un nuevo sentido religioso de la vida, austero y reformador de lo caduco, y, sobre todo, henchido de una arrebatada pasión espiritual.

—Fray Juan de la Cruz, el "santico" predilecto de Santa Teresa de Jesús, llamado a la colaboración íntima con la monja carmelitana, fue en vida un hombre tímido, pero tenaz, seguidor fiel de la Santa de Ávila aun a costa de humillaciones y persecuciones que minaron su salud, pero que no doblegaron nunca su espíritu. Fundador y prior de diversos conventos reformados, vivió para servir al Señor, con toda dedicación y humildad, y aún podríamos decir mejor, para buscarlo y encontrarlo dentro de sí mismo, en las celdas del alma donde sólo cabe el verdadero amor y la más íntima unión espiritual.

Si en fray Luis de León se pueden distinguir fácilmente varias facetas: la del hebraísta y estudioso de los clásicos; la del profesor de Teología entregado a su cátedra; la del moralista y pedagogo, y, en fin, la del escritor y defensor de la lengua vulgar castellana a la que enriqueció con su prosa y su poesía; en San Juan de la Cruz, sólo poeta breve y comentarista de su propia poesía, encontramos únicamente lo que más importa: la creación poética tocada de un don divino y ese "misterio técnico", como le llamaría Dámaso Alonso (3), que impide el estudio formal y estético de su poesía,

(3) Dámaso Alonso, "El misterio técnico de la poesía de San Juan de la Cruz", en *Poesía Española, Ensayo de métodos y límites estilísticos*, 4ª ed., Madrid, 1962, págs. 217-305.

porque los preceptos del arte nunca aciertan a explicar del todo lo que sencillamente es prodigio alado en el que el creador se deja llevar amorosamente, como San Juan de la Cruz, en un arrebató espontáneo de sublime e inefable espiritualidad.

Breve poeta, pero intensísimo poeta. Apenas unas veinte composiciones reúne el conjunto de la obra poética de San Juan de la Cruz. Muy poca cosa, en verdad; pero cantidad no es nunca en poesía sinónimo de calidad. Por poner un ejemplo bien conocido de todos, Jorge Manrique, el gran poeta de fines de la Edad Media, casi en el alborear del Renacimiento, se hizo famoso por una sola composición, las *Coplas a la muerte de su padre*. Así también, San Juan de la Cruz podría no haber escrito nada más que el *Cántico espiritual*, como recreación del *Cantar de los cantares*, y ya este solo poema le habría convertido en el más espiritual, en el más lírico de los poetas de nuestro Siglo de Oro. Porque el *Cántico* es "poesía angélica, celestial y divina", como decía Menéndez Pelayo (4), y ante ella hay que rendir nuestra mente, nuestro raciocinio natural, para dejar un lugar al asombro y al pasmo. Mejor sería "admirar y callar", dirá a su vez Dámaso Alonso en uno de sus más lúcidos estudios sobre la poesía de San Juan de la Cruz (5).

Pero, ¿qué es entonces y qué significa el *Cántico espiritual* en el conjunto de la obra poética de San Juan de la Cruz? En pocas palabras, el *Cántico* es un poema de alegoría simbólica, con el que San Juan de la Cruz, recogiendo e interpretando los textos bíblicos, quiere descubrir y explicar todo el proceso de ascenso místico, el que lleva a la esposa, el alma, al desposorio espiritual con el Amado, Cristo. El proceso tiene tres vías sucesivas: la vía purgativa, la vía iluminativa y la vía unitiva. Es todo un noviazgo, y mejor una búsqueda del Amado, con una embriagadora presencia de la Naturaleza, que, con toda su hermosura, pone el marco adecuado de belleza, no sólo a esta búsqueda, sino también al trance último de los desposorios, cuando la unión mística se consuma ya definitivamente.

Las cuarenta liras del *Cántico espiritual*, el más importante poema largo de San Juan de la Cruz, no quedan en modo alguno rebajadas por las supuestas o reales influencias que pudo recibir el Santo de la tradición libresca y de los poetas más renombrados de su siglo. Entre éstos Garcilaso de la Vega sería el modelo ideal, no sólo por la expresión poética —la lira se adentra en la poesía castellana de la mano de Garcilaso—, sino también por la frescura y el sentido pastoral de las *Églogas*, con sus puros requiebros amorosos y la amena presencia de una naturaleza pródiga, siempre líricamente idealizada y embellecida. Muchos son los puntos de contacto entre estos dos grandes poetas, no cabe duda; pero la huella y los influjos también podrían extenderse sin desdoro a fray Luis de León, que, como sabemos, había traducido al castellano el *Cantar de los Cantares* y era ya profesor y poeta famoso en Salamanca cuando el santo de Fontiveros llegó a la ciudad de Tormes para proseguir allí sus estudios.

Con el *Cántico espiritual* -*Canciones entre el alma y el Esposo*- tienen íntima relación la *Noche oscura del alma* -*Canciones del alma que se goza de haber llegado al alto estado de la perfección, que es la unión con Dios, por el camino de la negación espiritual*-, y la *Llama de amor viva* -*Canciones del alma en la íntima comunicación de*

(4) Menéndez Pelayo, *Estudios de crítica literaria*, 1ª serie, 3ª ed., Madrid, 1915, págs. 55-56.

(5) Dámaso Alonso, *La poesía de San Juan de la Cruz (desde esta ladera)*, Ensayistas hispánicos-Aguilar, 3ª ed., Madrid, 1958, pág. 18.

unión de amor de Dios-, composiciones todas ellas en las que se manifiesta en toda su pureza, con descripciones vividas interiormente, el proceso que lleva a la más alta unión, al matrimonio místico o desposorio a lo divino. Si el *Cántico* nos regalaba con las maravillas de la naturaleza -los bosques y espesuras, la cristalina fuente, las montañas y los valles solitarios nemorosos-, la *Noche oscura* nos deja privados de la experiencia visual, pero, por eso mismo, resulta más apropiada para desvelarnos al fin los secretos ardientes del corazón, con todos los sentidos suspendidos, de modo que pueda llegarse a esa suprema unión, tan exquisitamente expresada en el poema, esto es



*amado con amada,
amada en el amado transformada.*

He aquí, pues, que la noche oscura, y por oscura guardadora de todos los secretos, es, paradójicamente, más luminosa que la luz del mediodía, más amable incluso que el alba, porque inflama toda el alma de amor y propicia el olvido absoluto del mundo cuando cesa todo y ella misma, reclinada sobre el amado, deja adrede su cuidado, como dice el último verso de la *Noche*,

entre las azucenas olvidado.

¿Qué más se podría decir de esta poesía inefable en la que se unen elementos que son contradictorios entre sí y la llama es tierna herida, la llaga es un regalo para el alma, que accede sólo a la vida eterna cuando, como ocurre en la *Llama de amor viva*, la muerte en vida se ha trocado? ¿Es entonces en verdad la muerte -la muerte, necesariamente-, el anuncio de la verdadera vida? Al menos, San Juan de la Cruz parece admitir que el amor a lo divino es excluyente de la actividad humana, porque es un amor puramente contemplativo en el que la sola presencia del Amado, y la entrega absoluta a Él por parte de la amada, el alma, constituyen su objeto y su único fin. Esta hermosa lira del *Cántico espiritual* nos dice más que mil palabras sobre la esencia del amor místico:

*Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura.*

Muchas más antítesis, y no sólo entre muerte y vida verdadera, ilustran la poesía mística de San Juan de la Cruz: "no viviendo donde vives", "la música callada", "la soledad sonora", en el *Cántico*; y están desde luego bien explícitas en las estrofas de la *Llama de amor viva*, y aun como antinomias que contrarían totalmente la lógica, en las *Coplas hechas sobre un éxtasis de harta contemplación*, así: "entréme donde no supe/ y quedéme no sabiendo,/ toda ciencia trascendiendo", que es como el *leitmotiv* de todas ellas, o, en fin, el "vivo sin vivir en mí/ y de tal manera espero/ que muero porque no muero", que encontramos reiterado en las *Coplas del alma que pena por ver a Dios*. Pero no ha de asombrarnos este lenguaje de la poesía mística porque las expresiones paradójicas y las antítesis ya eran modos habituales de decir en Santa Teresa de Jesús e incluso, como el *Vivo sin vivir en mí*, heredaban una temática tradicional, una especie de ambiente tópico, que se encuentra en los cancioneros del siglo XV. Por fuerza, sin duda, recogido inevitablemente, ¿pues cómo sino intentar explicar lo que es inexplicable? La poesía mística tiene que hacer suyas en su expresión poética, paradojas y antítesis, modos expresivos que se convierten en una constante de la estética sanjuanista, como afirma con razón el profesor de la Universidad de Salamanca, Víctor García de la Concha, pero que, en rigor de verdad, pueden y deben extenderse a todos los autores místicos, empezando por la Santa de Ávila, pues en fin de cuentas, como el propio García de la Concha reconoce, "la paradoja está enraizada en la entraña de la mística" (6).

Permítasenos hacer una breve referencia, para que no se alarguen en exceso estas consideraciones sobre la obra poética de fray Luis de León y San Juan de la Cruz, a los llamados poemas menores de San Juan de la Cruz, y de modo especial a uno de ellos, *Tras de un amoroso lance*, en el que, siguiendo la técnica del cancionero y en metro menor, se nos presenta una imagen de cetrería en la que el azor o neblí vuela en pos de su caza. Se trata, como fácilmente puede comprobarse, de un tema popular y profano, que es convertido a lo divino por San Juan de la Cruz. Es ésta una práctica perfectamente reconocida en la poesía lírica española, que los místicos utilizaron adaptando canciones y villancicos que provenían de la tradición popular. La glosa alegórica de la caza es ciertamente una glosa de búsqueda y de posesión amorosa, que, al igual que en los poemas mayores a los que nos hemos referido, también aquí se consume, tal como nos reitera el poeta a manera de estribillo,

*pues fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.*

Y ya nada más, porque quizá en esta ocasión demasiadas explicaciones sobren. Mejor será que escuchemos ahora con recogimiento, con entrega de corazón y transporte gozoso de nuestro espíritu, esta maravilla de música poética que nos regalan dos poetas excepcionales del siglo XVI, fray Luis de León y San Juan de la Cruz. ♦

(6) Víctor García de la Concha, "Guía estética de las ínsulas extrañas", en *Ínsula*, nº 537, Madrid, septiembre 1991, pág. 1.

LLAMA DE AMOR*
(al modo de San Juan de la Cruz)

*El alma se asegura
su condición de amante enamorado,
y llena de ternura
implora del Amado
la gracia de su bien más deseado.*

*No pierde la memoria
del sueño tantas veces perseguido,
ni afirma su victoria
si el tiempo requerido
demora ese momento apetecido.*

*Un fuego la consume
con su llama constante reavivada,
y en ella más se sume
el alma embelesada,
de amor y de impaciencia traspasada.*

*Ya fray Juan lo anunciara:
la llama es un cauterio muy suave;
y así se liberara
con el vuelo del ave
el alma del que amando, sueña y sabe.*

José Antonio Miguez
(Diciembre de 1991)

* Poema recitado por su autor en la velada-homenaje a fray Luis de León y San Juan de la Cruz.